

Formas para el silencio

María del Río Diéguez
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

El acto creador es necesario y saludable, porque nos pone en contacto con la vida, con nuestra propia biografía, con nuestro propio cuerpo y nos permite integrar la experiencia de vivir, dar forma a lo que somos. La creación artística, cuando es entendida como vía terapéutica, no tiene que ver con la producción de formas bellas, sino con la transformación de lo real a través de fundir y mezclar experiencias, emociones, deseos, recuerdos, con formas y materias (objetos, colores, texturas, imágenes), posibilitando que la vivencia del silencio, ante la limitación del lenguaje, dé nombre a lo que se siente, y lo haga de manera saludable. Desde este punto de vista, artistas y enfermos pueden compartir una parcela común.

Palabras clave: Acto creador. Creación. Arte. Arteterapia. Silencio. Lenguaje. Transformación.

SUMARIO 1. La forma como depositaria de la vida. 2. Vías de encuentro. 3. La libertad de querer crear, de hacer nacer lugares del abismo.

Forms for the silence

ABSTRACT

The creative act is necessary and healthy, because it puts us in touch with life, with our own biography, our own body and allows to integrate the experience of living us, to show what we are. Artistic creation, when it is understood as therapeutic route, does not mean production of beautiful forms, but transformation of the real world across fusing and to mix experiences, emotions, desires, recollections, with forms and matters (objects, colors, textures, images), making possible that experience of silence, before the limitation of language, gives name to what we feel, and in a healthy way. From this point of view, artists and patients can share a common plot.

Keywords: Creative act. Creation. Art. Art therapy. Silence. Language. Transformation.

CONTENTS 1. The form as a life de posit. 2. Encounter ways. 3. The freedom of creating, og giving life places of abism.

“Lo que hay que crear anda entre lo presente y lo ausente, entre lo vivo y lo muerto, entre lo pasado y lo futuro”.

(Héctor Juan Fiorini, El psiquismo creador)

El trabajo en arte-terapia es siempre impredecible, más aun cuando dicho trabajo se realiza en el ámbito de la enfermedad mental, es entonces cuando conviene no perder de vista que lo central es la acción creadora, la mirada del creador/a y la realidad en que se inscribe, entendiéndola no sólo como realidad ambiental, sino también como realidad psíquica.

En ocasiones el ser humano se enfrasca en un sí mismo vertiginoso, en un empeño de rapidísimo movimiento giratorio sobre sí mismo del que se desprende una fuerza centrífuga tal, que arrasa con todo lo que le es más cercano. Al mismo tiempo se produce una fuerza centrípeta que le constriñe el alma, le sumerge en lo más profundo del sí mismo sin posibilidad de prepararse para tal encuentro, y cuando se detiene, ayudado por cuerdas que otros le atan, ya no sabe quién es, porque el único ser realmente conocido es aquel que entrevió cuando giraba. Así que vuelve otra vez a dar vueltas en cuanto nadie mira, porque el sufrimiento que imprime el movimiento no es comparable al que produce la quietud. Porque en el girar constante la forma se detiene y se concreta, porque el movimiento confiere dureza y estructura, y en la quietud se pierde, los miembros se desploman y uno toma conciencia de la fragilidad de su osamenta.

LA FORMA COMO DEPOSITARIA DE LA VIDA

Si el acto creador es, básicamente, según afirma Fiorini, una forma de “inmovilizar el movimiento”, el acto creador es necesario y saludable, por cuanto nos procura anclajes con la vida, con nuestra propia biografía, con nuestro propio cuerpo que siente e imagina... y nos permite integrar la experiencia que es vivir, dar forma a lo que somos desde el alma.

Existe una memoria de los cuerpos que es sensorial, activa, presente, y que los configura como cuerpos vivientes más allá de la piel, que los vuelca a la vida fuera de los parámetros reales del espacio articulándolos en el envés del movimiento.

Esta memoria, capaz de convertir a cada cuerpo en forma introyectada y actualizarlo más allá del contorno de sí mismo, es capaz además de conservarlo dentro del universo de las formas aun cuando lo abandone expresamente, o aun cuando sea que quien lo habite decida desprenderlo de la vida. En esta paradoja que es la forma más allá de la forma, acontecida allá donde no llegan los dedos a tocarla y sin embargo consistente, corpórea, aprehensible en el tiempo concreto de mirarla, de escucharla, reside la fuerza, el poder transformador del arte.

“En el mismo instante, revela a la vez la solidaridad de la forma y de la persona. Demuestra que la forma es una persona y que la persona es una forma. La poesía es así un instante de la causa formal, un instante de la fuerza personal”. (Bachelard, 1999:101)

Aquello que se siente como informe, que fue tomando asiento sobre la superficie del cuerpo y descubrió hacia fuera grietas, poros, fracturas, plegamientos, rugosidades, distendimientos,

contracturas, heridas... puede ser transformado a través de la materia y del color de modo tal, que se convierta en recreación de sí sobre un contorno.

Crear entonces no consiste en construir significado ni hacer algo que pueda ser inscrito en el ámbito real del discurso lógico, sino tan sólo en encontrar la forma que lo aloje, dejar un rastro, un poso de existencia que quede como prendido al aire, adherido a la piel de quienes fueron capaces de sentirlo, como una presencia repentina y profunda, una oquedad del tiempo que se transforma en silencio, en discontinuidad, en extrañeza y constancia para siempre.

Procurar una vía para ese encuentro es muchas veces lo único posible, facilitar la emergencia de lo sensible, cierto desbrozamiento de la senda que permita albergar la sospecha de que existe otro lado, o un fondo en que pisar en el abismo.

VÍAS DE ENCUENTRO

La dificultad reside muchas veces en el punto primero que es sentir que se siente: detenerse, escuchar, imaginar.

“Hay que poder imaginar algo distinto a lo que está para poder querer; y hay que querer algo distinto de lo que está para poder imaginar”. (Castoriadis, 1972:131)

A menudo es difícil poder siquiera poner en situación de “querer” lo distinto. Una y otra vez parece repetirse la misma nota, el mismo movimiento, la misma palabra. Y a menudo también es preciso mantenernos atentos, ser capaces de soportar el movimiento desalentador que produce la vuelta al recorrido incesante de lo igual, para poder mirar no sólo en lo visible o en sus sombras, para poder ir más allá, con “el recordatorio de que existe siempre un invisible irreducible a lo visible”. (Castro Nogueira, 1997:95)

Las mismas montañas y la misma isla se alternan sin variación alguna semana tras semana en la pintura de Fernando... a él le gustan. Termina cada vez con la misma sonrisa satisfecha ante el encuentro de la obra, y nos expresa su gusto por haber conseguido afilar más si cabe, los picos nevados de las cumbres, o agitado las olas del mar sobre las que parece sostenerse la isla... pero a la luz de lo que vemos es fácil entender que es su recuerdo que le engaña, porque no hay cambio perceptible en la forma por más que nos esforcemos en buscarlo...

Sin embargo él lo advierte, lo busca activamente: cuando dibuja con el pincel el contorno aserrado de los picos quiere llevarlos a lo alto, cada vez más... y cuando finalmente contempla el resultado, encuentra que ha llegado a donde quiso, allá donde su imaginación fue capaz de llevarle, y donde es muy posible que a nosotras (sus terapeutas) no nos alcance la mirada.

La creación artística, cuando es tomada como vía terapéutica, trata de asirse a estos salientes de la realidad que conforman la vida más allá de lo cierto, buscando como darles curso; encontrar la manera de argumentarlos como formas tangibles construidas en tanto potencialidad de lo otro, de alteridad o de alternancia de lo posible.

Aquello que esperamos no siempre es lo que ocurre, de ahí que sea preferible no esperar, sino

únicamente salir al encuentro, estar ahí. A veces es tan claro el paso que hay que dar para hallar la salida que cuesta no empujar a conseguirlo.

Cuando el objeto artístico se convierte en un producto vital, el acto de crear es en sí depositario del acto de vivir: Leonardo alterna sucesivamente paisajes y silencios, formas conclusas producto de tapar con la pintura lo que al principio dibujó. De sus paisajes llenos de oquedades, se desprende una atmósfera neblinosa y etérea: inconsistente. Trabaja con pinceladas cortas, matizando el color en cada una. Sabe que lo hace bien, y le gusta escuchar los elogios y la admiración que produce su obra.

Otras veces sucede que parece llegar enfurecido y comienza a pintar inquieto, sin forma previa, signos o manchas ininteligibles que pasa a cubrir de líneas que se cruzan. Está especialmente esquivo y distante.

Al cabo de algún tiempo sucede que esa especie de entramado de líneas se articula formando algo así como una madeja; una maraña. Poco a poco se adensa y se va compactando, redondeando, sin conseguir tener nunca una forma precisa, como si se tratara de algo vivo: de una nebulosa o de un enjambre. Expone su trabajo de mala gana y lo desvaloriza expresamente.

Paisajes y nebulosas comienzan a convivir en su obra, primero en días distintos y luego simultáneas: las nebulosas se cuelan por los huecos del paisaje y cobran un sentido, procuran cierta densidad al aire; el paisaje, por otra parte permite en su estructura el asentamiento de lo informe. Ambos se complementan formando un todo coherente y tranquilizador y el papel parece haberse convertido en un lugar para el descanso, tal vez para el silencio del delirio.

Sería posible indagar en el significado del proceso y de la obra. Sin embargo hacerlo es adentrarse en un terreno resbaladizo y estéril, que podría conducir al cese de toda actividad artística. Tal vez habremos de ser capaces de no forzar el movimiento, de conformarnos con no saber, con saber que a través del trabajo en el taller ha sido posible la realidad de un encuentro.

Qué realmente ha sido convocado a representarse una y otra vez en su pintura tal vez sea relevante, pero también lo es el hecho de haber podido hacerse. La intervención ha quedado suscrita a la posibilidad de trabajo con un paciente que siente la realidad como amenaza. Lo que al principio fue miedo a ser despojado de partes de sí, desintegrado por el reconocimiento del otro, distanciamiento y recelo, fue dando paso a la confianza, y a la aparición de soluciones integradoras en la obra.

Ninguna actividad terapéutica, podría decirse, es predecible. Ninguna actividad artística lo es. No es fácil delimitar un camino, ni tan siquiera apuntar a una dirección, a veces ni siquiera es fácil echar a andar.

Elena fue capaz de flexibilizar su mirada semana tras semana, tratando de encontrar aquello que explicara su ausencia de sí misma: escribiendo, pintando, hablando, amando... sin descanso, durante casi cinco años.

Del recorrido por su obra se desprende la vida, el esfuerzo de quien ha procurado construirse desde dentro, mientras iba asolándose el alma. A diferencia de Fernando o de Leonardo, el trabajo de Elena estuvo siempre sujeto a los márgenes del discurso. Cada dibujo, cada forma, cada escultura, cada pincelada... se encontraban cargadas de significación. Cada movimiento sobre el papel, cada evolución de la obra, era una metáfora, un intento desesperado por comprender, por explicar, por hallar la respuesta al profundo desarraigo que sentía.

LA LIBERTAD DE QUERER CREAR, DE HACER NACER LUGARES DEL ABISMO

Al sufrimiento insoportable que en ocasiones procura la existencia, a la imposibilidad de sentir la vida como posibilidad de ser, aun a pesar de ser certeza que se vive, acaso venga la creación a poner parches, a sostener a ratos, a tender sutiles nudos de deseo de existir entre la piel y el mundo. ¿Qué del dolor no puede repararse, cuando el vacío de existir arranca de los huesos la permanencia con la vida?

La aprehensión del vacío es vivida con riesgo de la vida por cuanto es una vivencia de negación o de muerte, de la que es imposible dar cuenta a través del lenguaje. En su texto, *Especies de espacios*, Perec trata de hacer una aproximación a este lugar para la nada:

“En varias ocasiones he tratado de pensar en un apartamento donde hubiera una pieza inútil, absoluta y deliberadamente inútil. No se trataba de un trastero, no era una habitación suplementaria, ni un pasillo, ni un cuchitril, ni un recoveco. Habría sido un espacio sin función. No habría servido para nada, no habría remitido a nada.

A pesar de mis esfuerzos me fue imposible llevar a cabo este pensamiento, esta imagen, hasta el final. El mismo lenguaje, me parece, se reveló incapaz para describir esa nada, ese vacío, como si sólo se pudiera hablar de lo que es pleno, útil y funcional”. (Perec, 2000:59)

Este espacio sin función, inútil, vano, que pudiera parecerse al vacío, que no es pensable, es también real, existe el sentimiento de vivirlo en tanto desarraigo profundo de sí mismo, y sólo puede ser puesto en relación como forma poética, como metáfora vital, representación, creación artística o delirio.

Crear es sin duda dar curso a la immanencia de lo nuevo, de lo que no es posible previamente, pero también de conmover al tiempo y al espacio y de deshabitar formas que no tienen cabida en la profundidad del ser tal y como aparecen, y a convocarlas a ser de otra manera.

Si conseguimos dejar de lado ciertos pre-juicios que nos conducen a concebir todo hecho artístico como corolario natural de una formulación creativa, y a soluciones innovadoras o bellas, caeremos en la cuenta que toda creación es en esencia un proceso de transformación de lo real a través del cual surge la apariencia de lo sensible, un lugar que no tiene como objeto sino servir de crisol donde fundir y mezclar experiencias, emociones, deseos, recuerdos, con formas y materias (objetos, colores, texturas, imágenes), desde el que la vivencia del silencio que se impone ante la inoperancia del lenguaje dé nombre a qué se siente, y esta vivencia se vuelva llevadera o saludable.

Tal vez la principal semejanza entre el artista y el enfermo mental, entendida la enfermedad como fractura, como dolor del alma, sea justamente la forma en que ambos parecen desprenderse por

momentos del discurso vital en que queda engarzada la historia de su vida. La ruptura biográfica que en ocasiones instaura la enfermedad mental pudiera ser formulada en términos de alianza con lo imposible, con lo inasible, con lo inefable... con aquello que contiene también, en tanto imposibilidad, la posibilidad de ser en otra parte, incluso en el extremo que conduce al encuentro con la muerte.

La forma en que la realidad se conforma sensorialmente ante la sensibilidad del enfermo, es a menudo incompatible con un discurso lógico, capaz de dar sentido al sentimiento, y esto no sólo cuando hablamos de patologías delirantes. Sentirse vivo puede llegar a convertirse en vacío de existir, en redundancia del cuerpo sobre sí, en desbordamiento de la realidad sobre la realidad sin cauce que la aguante.

La forma artística es también a menudo portadora de la esencia de ser del otro lado, de la evidencia de convocar lo que no será nunca, salvo como ilusión de los sentidos: capricho de la materia, de los sonidos, de los verbos... forma. Capaz de percutir sin pauta definida o conclusión prevista. Realidad aparente, piedra vuelta emoción o tela devenida sentimiento.

Como el delirio, la emoción ante el arte nos arrastra a sentir lo que no es cierto, lo que no existe sino como presencia de uno mismo resonando en la piel y en la profundidad del alma, haciéndonos capaces de encontrar un lugar en el que somos allá donde no existe forma previa a la que referirse. No hay quien formule la experiencia de sentir aquello que realmente no existe, ni quien consiga siquiera comprender qué se siente.

La creación acontece por fuera de lo que conocemos, arrastra y convoca, necesita de cierto extravío del sentido habitual del discurso para poder acontecer, pero también precisa de dicho sentido para poder reformularse en el ámbito de lo real, para poder ser integrada en lo real y convertirse en forma verdadera, exenta.

La forma artística no se construye como forma terminada y unívoca, sino relacional, carece de sentido previo, aun cuando exista una intención, o al menos no un sentido previo que permanezca siempre, de manera constante. La cualidad que la recorre sin romperla, por la cual puede comenzarse a recrearse nuevamente cada vez que se advierte, no solo la actualiza, sino que la convierte en portadora de transcurso, de un intervalo vital que nos remite a lo imposible de lo idéntico, al cambio.

El objeto artístico tiene una cualidad que Elena definió, en una de las últimas sesiones, como paraversal: comienza allá donde la vida parece detenerse, en el umbral del fin del discurso o del sentimiento, en el límite del ser... arriba a la memoria desde el no-ser, en lo que hubiera podido ser un cruce con la muerte.

El artista elige libremente la forma de atravesar la frontera del tiempo y del espacio, y de adentrarse en el territorio de lo informe, tal vez pudiera ser esa misma libertad, tan diferente al sentimiento de pérdida absoluta que procura la enfermedad, la que haga de crear una acción saludable y necesaria. Ejercerla es tal vez el único camino viable que nos quede.

A la memoria de María.